
IV

Don Luis María de Agreda, senador electivo, gracias al patrimonio é influencia que tenía en su pueblo, era uno de los antiguos progresistas obstinados en sobrevivir á su partido; de aquellos que ponían sobre todo la Soberanía Nacional, para quienes la España contemporánea no produjo sino cuatro hombre de gran valor: Mendizábal, por la desamortización; Espartero, por haber vencido al carlismo; Olózaga, por haber hablado antes que nadie de los *obstáculos tradicionales*; y Prim, por seguir sus huellas.

La fortuna de Don Luis, con ser respetable, no era sino resto de lo mucho que gastó su padre en conspirar contra Sartorius y Narváez; pero lo que mejor heredó fué un gran-

de amor al partido progresista, mucha antipatía á la demagogia, que se le antojaba cosa pagada con el oro de la reacción, y una repulsi6n invencible á moderados y carlistas. Los trabajos de Don Luis en juntas y comisiones del partido; los artículos, proyectos y dictámenes que escribió, serían incalculables, é infinitas las veces que proyectó terciar en los debates; pero jamás tuvo ánimo para romper á hablar en público, ni para enviar dos cuartillas á un periódico. No era tonto y lo parecía, porque sin tener realmente influencia entre los suyos, imaginaba que su consecuencia y lealtad debían darle mayor importancia de la que gozaba, resultando algo vanidoso. Como la palabra obedecía mal á su pensamiento, huía los diálogos largos y las conversaciones en corro, limitándose á hacer signos de afirmación ó negación con la cabeza, y cuando más, á decir frases concisas, que tomaban en sus labios tono de sentencias pretenciosas. Muchos le consideraban como hombre formal, pero de cortos alcances, y algunos le trataban de burro serio. Aquéllos andaban más cerca de lo cierto; porque sin ser Don Luis una inteligencia privilegiada, era horado y de carác-

ter firme, aunque algo agriado, por imaginar que debía brillar y bullir más en su partido.

Lo que constituía su verdadero título de gloria, para quien llegase á saberlo, era la educación que dió á su hija. A los treinta y dos años enviudó y se propuso que Paz, cuando él faltara, estuviese en condiciones de vivir por sí, sin ajeno auxilio, que supiera manejar su fortuna y aprendiese á conocer su corazón, para no dejarla expuesta á rapacidades tutorescas ni á errores de su inexperiencia. Muchas veces la dijo:—“Has de saber cuánto tienes, duro por duro; y has de pensar siempre en lo que vayas á hacer, para que ni el projimo te robe ni tú te engañes.”

Paz estuvo una temporada de tres años en un colegio dirigido por monjas, lo cual no era muy del agrado de su padre; pero ¿qué hacer, si no había en Madrid otro linaje de casas de educación? Allí aprendió á escribir con bonita letra, á hablar bastante bien en francés y rudimientos incompletos de muchas cosas: de coser poco, de bordar algo y de rezar mucho. Sin salir del colegio sabía también cuanto ocurría en Madrid, hasta interioridades de familias que á nadie importa-

ban; pero, por lo visto, para *las madres* no había secretos; así que, los domingos de salida, don Luis se maravillaba escuchando á su hija cosas que él no oía ni á los murmuradores del Casino. Esto, y un tantico de vanidad que se fué despertando en el alma de Paz, indujeron á su padre á sacarla del colegio-convento; mas aunque quiso hacerlo con gran tiento y circunspección, tuvo por fin que ser enérgico, porque las santas mujeres habían procurado atraerse la voluntad de la niña. ¿Les indujo á ello la bondad de Paz? ¿Ambicionaron la conquista de su preciosa voz para la capilla? ¿Prendáronse quizá del entusiasmo con que era de las primeras en gastar sus ahorros de colegiala rica comprando, ya la sabanilla del Cristo, ya la toca de la Virgen, ya el encaje para el paño del altar? Ello fué que un día de fiesta, no pudiendo don Luis ir á buscarla, envió el carruaje á una parienta, quien á la hora del almuerzo volvió sola, refiriendo que la *buena madre* había dicho que *mademoiselle Paz* no salía.

Don Luis, pensando que su hija estaba mala, fué inmediatamente á verla y, á disgusto de lo superiora, hubo que traer la niña á presencia del padre, quien pasó un rato muy

malo observando que su Paz, sin estar castigada, ni enferma, se allanaba de buen grado á permanecer allí, en vez de irse á pasar el día con él. Por fin consiguió que su hija le siguiese, y aquella noche no la permitió volver al colegio. "Aquí no hay más *madres* que yo"—dijo Don Luis—y desde entonces se consagró al cuidado y educación de su hija, sin perder por eso su desmedida afición á la cosa pública. Las cartas de la superiora y las embajadas del capellán, hicieron en vano esfuerzos por recobrar la oveja descarriada, mas no lograron que tornase al redil. De allí en adelante, Don Luis toleró que Paz, de tarde en tarde, gastara algo en sabanillas, mantos y encajes, pero no la dejó volver á poner los pies en el convento. La mansedumbre, que es gran virtud, evitó que las monjas se ofendieran: no salió de sus labios palabra de reproche, nada intentaron para exacerbar la devoción naciente, quizá la vocación frustrada de Paz; pero tampoco se olvidaron de recordarla en días determinados y festividades solemnes que en un extremo de Madrid había una santa casa que se honraba con haberla tenido por discípula y á la cual debía enviar de cuando en cuando alguna limosna para

obras de caridad, algún ramo de flores para aquel altar, en cuyas gradas se arrodilló tantas veces.

Como Paz era buena, el tesoro de cariño que halló en su casa la hizo olvidarse pronto del colegio, y aquella afición mongil se apagó como con la mano. La libertad de acción, el sano orgullo de mandar en su casa como dueña y, sobre todo, el habilidoso amor de padre, ahogaron á tiempo el piadoso suceso que pudo haber sobrevenido. Bastaron unas cuantas semanas de esta vida, y el colegio, antes impregnado de cierta poesía plácida, quedó reducido en la imaginación de Paz á un conjunto de recuerdos fríos é incoloros. Al cabo de un año Don Luis, escogiendo con cautela las casas donde la llevaba, comenzó á presentarla en la titulada buena sociedad, con lo cual sus galas y tocados la preocuparon mucho más que antes la ropa de las santas imágenes: el gabinete lleno de primores y el lecho mullido le fueron más gratos que el frío dormitorio y la estrecha cama de colegiala; las flores que se ponía en el pelo cortadas por su mano en el jardincito de la casa, destronaron á los ramilletes de trapo de los altares; y para colmo de impiedad, la primera sinfonia de Mozart que

oyó tocar sonó en sus oídos más grata que las letanías, salves y motetes.

La serie de impresiones que Paz experimentó pisando salones de casas extrañas, no fué, sin embargo, tan agradable como la que sintió entrando á reinar en su propio hogar. A poco de vivir con su padre, la enteró éste de sus negocios, explicándola en qué consistía su fortuna, ayudándose de ella para el manejo de intereses, con lo cual Paz llegó á persuadirse de que Don Luis era un hombre horado, y el origen de cuanto tenía decente y limpio. En cambio, comenzó á ver que ni todas las casas ni todos los hombres eran como su casa y su padre. Aunque incompleto y velado por la educación y la hipocresía, el mal llegó claro á sus ojos, causándola una sensación parecida á la que sufriría quien, hecho sólo á respirar aire puro, entrara de pronto en una atmósfera viciada. El instinto suplió á la picardía, el ingenio á la malicia: no pudo la imaginación desentrañar las causas de las cosas, pero vió los efectos y fué bastante para que se le entrara al alma un miedo sano.

En su espíritu hubo dos impulsos simultáneos: el despertar á la inquietud moral de la vida y la desconfianza de hacer á nadie

partícipe de sus emociones. Con su padre tenía toda la sinceridad posible; mas esos misteriosos deseos, esas dudas ingenuas que la mujer reserva para dichas en voz baja al elegido de su corazón, no salieron de sus labios. Las frases galantes y las lisonjas la infundían una previsión desasosegada, un terror vago que la impedía mostrarse complacida: era semejante á un pájaro que tuviese miedo á la red. Cuando algún hombre halagaba su oído con ternezas ó la pedía esperanzas, ella involuntariamente, se acordaba de tantas infelices malcasadas y parejas desavenidas, de los hogares que parecían fondas, donde marido y mujer acusaban indiferencia, desvío, cuando no repugnancia. El amor propio no la dejó renegar de su hermosura; pero su instinto la señaló un peligro en su riqueza. Ser querida por sí, le pareció fácil: saber cuál amor sería sincero, lo juzgó imposible. Hubiera querido disminuir el bienestar de su casa, y á veces sentía impulsos de extravagantes humoradas, ansia de ocultar su facilidad de logro, á semejanza de esos príncipes que viajan de riguroso incógnito para agradecer la simpatía que inspiren y oír el lenguaje de la franqueza. "El

mejor traje — solía decir — es el que más disimula lo que cuesta.”

Una tarde vió Pepe entrar en la biblioteca del Senado un caballero como de cincuenta años, alto, canoso, con el rostro enteramente afeitado y de aspecto excesivamente limpio, que dirigiéndose al principal encargado, le dijo:

— Vengo á pedir á Vd. un favor. ¿Podrá Vd. recomendarme uno de estos muchachos que tiene Vd. aquí, á sus órdenes, para que venga unas cuantas mañanas á mi casa y me ayude á poner en orden mi librería? Me han hecho los estantes nuevos, y hay que trasladar los libros de sitio. Un chico juicioso, ¿eh?

— ¿Oye Vd. esto? — preguntó el jefe á Pepe, y dirigiéndose al caballero, añadió: — Nadie más á propósito: su formalidad y su ilustración le servirán á Vd. mucho. Casi es abogado....

El que hizo la petición miró á Pepe, y con la autoridad que le daban sus años, le habló así:

— Vamos á ver, joven. A un muchacho, aunque no lo necesite, nunca le viene mal un puñadillo de duros. ¿Ha oído Vd. lo que he-

mos hablado? ¿Quiere Vd. venir á mi casa unas cuantas mañanas?

— Sí señor, y haré lo posible por complacerle.

— Bueno, pues cuento con Vd. ¿Cuándo empezaremos? porque yo lo tengo allí todo revuelto.

— Cuando Vd. quiera.

— Mañana mismo. Le espero por la mañana á las once.

Cuando se hubo marchado, Pepe dió las gracias al bibliotecario y le preguntó quién era aquel señor.

— Es Don Luis María de Agreda, senador, muy buena persona. De estos que no hablan nunca y progresista á la antigua, pero muy rico. No hace más que asistir á las votaciones, aunque está diciendo siempre que va á hablar.... y nunca habla.

Después le dió las señas de la casa de Don Luis y se separaron.

